

Caminos a Hjermeum
Vanessa Hernández Camarena

PRIMERA PARTE

REMEMORACIÓN

Olor a muerte

La noche era interminable, la oscuridad se extendía desde el inicio hasta el final del mundo. El caos gobernaba como una llama eterna que brillaba con notable resplandor, el fuego y los gritos se extendían por kilómetros. La muerte misma había decidido aparecerse y tomar más víctimas de las que necesitaba, estaba hambrienta, sedienta de sangre y sufrimiento.

Alaric corría unos pasos detrás de su padre. Firme a la idea de que cerca de él estaría seguro, protegido. Él era su refugio, era un héroe y no solo suyo, él se dedicaba a salvar vidas, por esa misma razón corrían hacia el peligro dentro de todo ese desbarajuste nocturno.

El mundo pareció detenerse, el pequeño niño no despegó la vista del dorso de su héroe, observando como desenfundaba su espada lentamente. Alaric recordaba esa escena en silencio, vio como una de las bestias llegó apresuradamente y atacó a su padre. De una sola mordida, con esa mandíbula enorme, lo partió en dos. Todo al alcance de su vista se pintó de un rojo brillante, un rojo vivo que simbolizaba a la muerte, esa salpicadura que se esparció todo alrededor fue lo último que se inmortalizó dentro de su memoria.

*

Abrió los ojos. Estaba en su cama. El joven de cabello rubio platino ondulado y ojos oscuros. Odiaba recordar esa noche.

*

La pequeña niña con apariencia de muñeca estaba en el instituto, llevaba un vestido amarillo de lana con mangas blancas. El sol entraba por claustros de piedra a ese pasillo donde Miray caminaba, despreocupada de cualquier cosa, repitiendo dentro de su cabeza una y otra vez los nombres de los bosques peligrosos, sonriendo.

Una enorme mancha negra caminaba detrás de ella. Lentamente, lo que hubiera parecido un borrón oscuro en un dibujo a lápiz, se subió a la pared y se adhirió al techo. Miray escuchó suaves pero agudos rasguños detrás suyo y volteó, pero no había nada. Alzó la vista, temblando, lo vio. La bestia pareció apreciar la atención y se dejó caer sobre sus cuatro patas en el suelo. Elevó su repelente espalda llena de pelos y luego su rostro, el temor de todo niño antes de ir a la cama. Sus cuernos enrollados, sus orejas alargadas, su mandíbula abismal que asomaba colmillos descomunales, su nariz aplanada y sus ojos redondos...

Sus manos de hombre con garras de ave, su cola alargada... Todo eso formaba al Vanlar, criatura que le quitaba las ganas de dormir hasta a los adultos más maduros.

Miray estaba paralizada, ni un grito logró salir de sus labios. La bestia levantó su mortecino brazo, dispuesta a desgastar sus garras sobre aquella niña.

Justo antes de lo que habría sido su muerte segura, alguien la empujó. Ambos cuerpos cayeron al suelo de un golpe. Miray reaccionó. El niño que la había salvado se puso de pie, dándole la espalda. La bestia volvió a alzar su brazo, y el niño sin dar un solo paso hacia atrás levantó sus manos.

Un inopinado golpe noqueó al Vanlar. Por un costado la repugnante bestia recibió la apuñalada de una espada brillante y afilada que penetró en su gruesa piel. Luego su cuello, único lugar donde su piel era tan delgada cómo el papel, fue rebanado de una tajada por el afilada arma, sin cortarlo completamente.

La bestia cayó y una mancha color azul opaco pintó el suelo. La voz de un hombre gritó algo, pero la niña escuchaba todo como si estuviera debajo del agua. Miray seguía en el suelo, recargada sobre sus manos y espalda.

— ¡Miray! — gritaron detrás suyo.

Al escuchar su nombre, fue como si la niebla del miedo que bloqueaba su mente se disipara.

Los ojos de la pequeña niña se llenaron de lágrimas, su boca se abrió y de ella salió el grito de llanto.

— ¡Miray! ¡Miray! ¿Te encuentras bien? Oh no... — una mujer de piel clara, cabello rubio, labios rojos y un vestido rosado con atavíos blancos se hincó a un lado de la niña y la abrazó.

— ¡Papá! — gritó el niño y corrió hacia el hombre que asesinó a la bestia.

La mujer de vestido rosado alzó la vista.

— Oh no... Es un Vanlar. — comenzó a temblar con la niña entre sus brazos.

— ¡Haz sonar la campana! Si éste llegó hasta acá puede que haya más alrededor. — el hombre se dio la media vuelta y tomó al niño por el brazo — ¡Rápido! — se alejaron corriendo.

La maestra avezada se colocó de pie con cierto trabajo.

— Vamos. Miray, vamos. — jaló a la niña del brazo.

Miray caminó con lágrimas en sus ojos y espasmos de llanto detrás de su avezada. La mujer, temblando y con los ojos bien abiertos corrió alzando su

vestido por unas escaleras en espiral que estaban al final de ese pasillo. Miray la siguió.

Llegaron a una antesala bien decorada con hermosos alfombrados en el suelo y paredes. Caminaron hasta una puerta de madera. La avezada la abrió de un golpe.

— ¡Hagan sonar la campana! ¡Un Vanlar! ¡Hagan sonar la campana! ¡Rápido! — gritó histérica.

Algunas mujeres que se encontraban dentro, vestidas con ropajes de tonos rosados, cadmios y rojizos dieron un salto por el susto.

>> ¡Rápido! — volvió a gritar.

Una de las mujeres levantó el largo volante de su vestido y corrió en dirección a una pequeña compuerta de madera gruesa que se encontraba en una pared bloqueada por un gran candado. Con la mano temblorosa abrió el primer cajón de un aparador de roble y tanteó en el interior. Sacó una llave oxidada y con ésta abrió el candado, la dejó colgada en éste y destapó la compuerta. En el interior había una soga colgando. La mujer extendió su brazo hasta agarrar la gruesa cuerda, la sacudió y comenzaron a escucharse firmes campanadas, una tras otra. Era la señal, de que estaban en peligro.

*

Empezaron a evacuar el instituto. La gruesa y alta puerta principal de alerce se abrió de par en par con un rechinado inconfundible. Las avezadas con sus largos vestidos de colores cálidos y los avezados con sus túnicas de colores fríos salieron de ahí con sus niños, pequeños que no eran sus frutos pero representaban una responsabilidad para ellos. Los párvulos de entre ocho y catorce años salieron, asustados, con sus capas negras de seda.

Los llevarían a un refugio, el más cercano estaba a diez minutos caminando. Tenían que darse prisa, estaba anocheciendo.

Miray iba con su grupo y su avezada. Los veinte infantes repartidos en cuatro filas de cinco cada una.

—Vamos, tenemos que darnos prisa. — decía la mujer con una voz demasiado tranquila, pacífica.

Todos avanzaron. Algunos de los protectores que se habían encontrado en el instituto rodeaban a la multitud salir de éste. Llevaban su típico uniforme, una túnica color marfil con encajes dorados, mucho más corta que la de los avezados, con mangas más holgadas y una armadura de cuero color marrón sobre ésta, la cual cubría sus pechos, abdomen y hombros. También portaban con un cinturón

del que colgaban sus afiladas armas y que además detenía el holgado pantalón con botas negras altas.

Los protectores eran aquellas personas que defendían a Pisk y a sus habitantes de los Vanlares. Resguardaban los muros, rondaban los caminos, acompañaban a los viajeros. Eran soldados.

*

Anduvieron rápido. Camino por camino, callejuela por callejuela. La oscuridad se acostó sobre Pisk como un manto, las estrellas parecían brillar con más resplandor del común.

Se escuchaban gritos y gruñidos, se escuchaban suplicas y mordidas, se escuchaban pasos y garras.

Miray estaba asustada. Tenía su capucha puesta y aun así temblaba.

Recorrían con pasos cortos pero veloces uno de los caminos principales de Pisk, estaban cerca del refugio. El aroma a fuego y sangre atestaba por todos lados, el humo grisáceo se elevaba por el cielo, ocultando a la misma luna.

—Vamos, ya casi llegamos. — le dijo su avezada sonriendo a todos los niños.

Unos metros adelante una casa se destruyó en mil pedazos. Con un enérgico sonido un Vanlar salió de ella perseguido por los protectores, quienes le disparaban con sus flechas inútiles tratando de apuntar a su cuello, mientras otros tantos lo perseguían con sus largas espadas.

El Vanlar corrió por el camino principal en su dirección. Los protectores que los acompañaban los rodearon completamente y desenfundaron sus espadas.

— ¡Todos quédense en el centro! — gritó uno de los protectores.

Miray observaba como la bestia se acercaba sin dudar con zancadas alargadas. Un impulso, de lo más profundo de su ser, hizo que se moviera. Corrió. Se escabulló entre los hombres armados y corrió sin detenerse. La pequeña niña casi fue aplastada por la bestia, la cual no se detuvo para atacar a los niños, sino que aceleró el paso y siguió por el camino principal, sin siquiera verlos.

Miray no se dio la media vuelta para advertir esto, ella siguió corriendo y se deslizó entre un par de moradas de adobe y piedra. No se dio la media vuelta para escuchar a su avezada gritando su nombre, ni tampoco se detuvo.

Siguió, desesperada, obligada a correr por ese sentimiento de pánico, de temor a la muerte. Sus torpes pies se encontraban el uno con el otro haciendo que se tambaleara al correr. Cruzó por ese hueco oscuro entre las moradas y siguió derecho. Había llegado a otro de los caminos principales. Los gritos de terror se hicieron más sonoros, al igual que el olor a muerte. Miray no se detuvo hasta que

cayó. Tropezó con un torso mutilado que estaba a mitad del camino. Al ver con lo que se habían topado sus pies sintió un escalofrío inmediato. La adrenalina dentro suyo volvió a dispararse como una alarma. Se arrastró por el suelo, lejos del cuerpo. Miró alrededor. Todo parecía estar pintado de un color amarillo brillante por el fuego, el humo ocultaba a las bestias y a los protectores, las personas chillaban y suplicaban vivir, la sangre escurría por los caminos como ríos interminables.

Se dio la vuelta y gateó hasta un callejón, una bocacalle oscura. Se quedó sentada en el suelo, mirando el caos frente a sus ojos. Quería llorar, quería gritar, quería salir de todo eso.

Su respiración se fue haciendo segundo tras segundo más calmada. Todo a su alrededor era un conjunto de ruidos confusos. No escuchó lo que estaba sucediendo detrás suyo.

*

Le habían pedido que se quedaría con uno de los heridos. Había muerto desde ya hacía un tiempo, pero parecía que no lo querían estorbando. Era un novato quien recién había salido del instituto. Nunca creyó que tan pronto él saliera se presentara un hecho como éste, un hecho... Era una palabra muy simple para describir ese caos, esa catástrofe.

Miró alrededor, todo estaba en llamas, había gritos que provenían del interior de las grandes nubes de humo, gritos perdidos, ecos de la misma miseria. Un Vanlar, que parecía herido, caminó hacia una bocacalle oscura. Pensó en ir tras él y asesinarlo ahí mismo, pero prefirió seguir ahí, de pie al lado de un cadáver. Siguió paseando su mirada de un lado a otro, los minutos se extendieron hasta que observó como una pequeña niña salía de entre unos edificios, llevaba una capa negra del instituto. Sus ojos la siguieron hasta que tropezó. Cayó al suelo a causa de un bulto que no podía percibir muy bien. La pequeña niña permaneció tumbada observando el bulto, luego se arrastró y alejó gateando. El chico sintió que se le hacía un nudo en la garganta cuando la vio entrar en la oscura bocacalle, en el mismo lugar donde el Vanlar había decidido esconderse.

Buscó ayuda, buscó alrededor a alguno de sus compañeros que lo acompañaran a la bocacalle, pero a los que encontraba vivos estaban ocupados y en mayor riesgo. Decidió ir solo, suplicó poder sobrevivir y se encaminó a la oscuridad, desenfundando su cimitarra plateada con dorado, con los latidos de su corazón resonándole en los oídos.

*

En los ojos de Miray, en esas lágrimas ahogadas que se rehusaban a salir de sus ojos, se reflejaba el caos, la muerte, el camino principal lleno de luz, una luz tan hermosa pero consumidora que podrías contemplarla por horas si los gritos de

dolor y las siluetas del sufrimiento no se atravesaran constantemente. Se sentía hipnotizada, perdida.

Un ruido, distante pero tan cercano al mismo tiempo, sonó detrás suyo. Sintió un temblor instantáneo y la necesidad de voltear. No quería hacerlo, pero su cuerpo, su cuello y su torso lentamente comenzaron a darse la vuelta. Sus pequeños y abultados labios rosados temblaban, sus ojos leonados se direccionaron a la oscuridad. Había un contorno fosco con ella en ese lugar, unos metros más atrás. Tragó saliva y sintió haber visto ese tipo de mancha oscura antes. Era un Vanlar, desde lo más profundo de su estómago lo presintió, lo sabía. La gigantesca creatura fue alumbrada por las llamas de la distancia y desde ese momento Miray no perdió de vista su figura. No se movía. Permaneció de pie, lejos de ella, observándole. Miray no quería parpadear, creía que si lo hacía en cualquier momento esa bestia se apalancaría en contra de ella y se la tragaría viva. Continuaron mirándose. Miray sabía que la bestia la observaba ¿Pero por qué no la asesinaba?

Una imprevista luz entró al callejón. El reflejo de la espada de un protector.

*

La bestia mostró sus largos colmillos junto con un gruñido atemorizante y luego corrió por la callejuela. El protector la siguió y ambos desaparecieron en la azulada oscuridad.

Miray seguía sentada en el suelo, sostenida por la única voluntad de su espalda. Inclino su cabeza y con una mirada perdida observó la ruta de huida del Vanlar y el protector. Su cabello bermejo ondulado comenzaba a escarpase del listón rojo que lo amarraba en una coleta alargada. Estaba exhausta. De repente algo llamó su atención. Un movimiento entre las sombras de un par de macetas de piedra grisácea con decorados rosados opacos. La pequeña niña tragó saliva, se rascó la barbilla y se colocó de pie. Sentía curiosidad por lo que había detrás de esas flores, pero algo dentro de sí le decía que no lo hiciera, que no se acercará ni se asomara ahí. Ignoró ese sentimiento y caminó con pasos cortos hacia las macetas, después de todo el Vanlar se había ido. No había que temer.

Osciló un poco y se inclinó para ver bien. Algo se estaba moviendo ahí. Extendió su mano y su palma tocó una superficie rasposa pero peluda. De inmediato alejó su mano y retrocedió. Lo perteneciente a esa piel tan extraña salió de su escondite. Miray no podía creer lo que percibieron sus ojos. Era un Vanlar, uno miniatura, el cual no era más grande o alargado que su mismo brazo.

Lo miró, atónita. No parecía malo, tenía los ojos de un cachorro que no se despegaban de su cara. La niña dio unos pasos hacia atrás, dirigió su cabeza a la ruta de huida del Vanlar y del protector. Escuchó algo parecido a un grito de dolor que no era humano. El pequeño Vanlar volvió a esconderse detrás de las macetas

y Miray sabía que el protector había asesinado a su presa. Volvió su rostro hacia la pequeña creatura escondida, tenía que sacarlo de ahí, si el protector lo veía lo asesinaría.

Desabotonó la única flor dorada de su capa y luego se la quitó.

—Ven aquí, vamos. No te haré daño. — desplegó la capa negra sobre el suelo y extendió su mano a las sombras — Vamos. — insistió.

La creatura mostró su pequeño rostro, sin salir completamente.

>> Vamos, ven. — daba palmadas sobre la capa.

Se escuchaba el regreso del protector.

>> Oh, vamos, vamos. Ven aquí. — dijo.

La creatura comenzó a retroceder pero Miray no la iba a dejar ahí. La agarró con ambas manos y tiró de ella para colocarla sobre la capa. El pequeño animal se rehusaba. La niña lo envolvió en la capa, lo agarró y se puso de pie.

Se volteó para mirar la silueta del protector y luego echó a correr de vuelta al camino principal. Se adentraría al caos para salvar una vida... Una vida ¿Eso era?

*

Asesinó a la bestia, con su cimitarra desenfundada regresó por la niña, pero... Ya no estaba. Corrió al lugar donde se había encontrado, pero no era ninguna ilusión de sus ojos, luego se asomó hacia el camino principal. Intentó escanear el escenario lo más rápido que pudo, pero no veía la capa negra del instituto por ningún lado.

¿Dónde podría estar? No podía haber ido lejos. Siguió escaneando el camino principal, lentamente... La vio. Una niña, con vestido amarillo corriendo sendero arriba, hacia el norte, sola. Tenía que ser ella, y si no lo era, aun así necesitaba ayudarla. Corrió detrás de la pequeña figura esbelta. Corrió y corrió camino arriba hasta superar las llamas y los gritos. La niña se iba haciendo más pequeña conforme se alejaba. Al chico le costaba mantener el ritmo, se sentía muy cansado, su vista se nublaba y era como si su cuerpo desapareciera poco a poco.

La niña no se detuvo, pareció que corrieron por horas hasta que dio vuelta para ir entre un par de moradas. El joven protector fue detrás de ella, pero el hueco, entre esas construcciones de adobe mezclado con piedra, era muy estrecho. Buscó alrededor alguna otra manera de pasar al otro lado, desesperado.

*

Tenía que encontrar un lugar donde poder dejar al pequeño Vanlar. Se había alejado lo suficiente de todo ese caos y los protectores para ponerlo a salvo, pero ¿Dónde? Se quedó estática por unos segundos, buscando un escondite, algún lugar...

Caminó abrazando la capa abultada, la criatura dentro de ésta se movía de un lado a otro, haciendo leves ruidos de súplica.

Miray le tenía miedo a la oscuridad, y al alejarse de las llamas y los gritos, se dio cuenta que estaba completamente sola en la noche. Caminó, paso tras paso sin saber que había hecho o a donde dirigirse. Cerró los ojos sin dejar de caminar. Ella era una viajera, ella sería una viajera y sería la mejor de todas, viajaría a todos las grandes aldeas e iría al centro de la nación. No debía de tener miedo, no podía perderse ni confundirse... Ella lo lograría.

Abrió los ojos y sintió un alivio que no se repetiría. Vio una caseta de madera oscura alumbrada por la luz tenue de la luna. Caminó hacia ella y observó que no portaba ningún tipo de seguridad o candado que atrancara la puerta, la abrió y en el interior había algunas repisas vacías a excepción de una donde descansaba una vela apagada adherida a una base de metal, hierba seca y una pala recargada sobre una de las esquinas.

Miray afirmó con la cabeza inconscientemente, había encontrado su escondite. Caminó al interior y dejó al Vanlar envuelto en la capa sobre el suelo.

—Tranquilo, quédate aquí. Volveré por ti. — dijo la niña retrocediendo con los brazos extendidos.

Salió de la caseta, observó la puerta, tenía que atrancarla de alguna manera. El portacandados estaba un poco oxidado, pero serviría. Cerró la puerta, colocó el portacandados y se desató el cabello. Teniendo el listón rojo en sus manos decidió amarrarlo en el cerrojo de tal manera que la puerta no se abriera tan fácil. Suspiró de alivio y se alejó un poco esperando que el listón no se soltara. Alguien llegó por su espalda y gritó.

— ¡Niña! ¿Estás bien? — preguntó el joven protector.

Miray parpadeó sin contestar.

>> ¿Estás bien? — la tomó por los hombros con una voz más tranquila.

—S, sí. Estoy bien. — miró al suelo.

—Tú eres del instituto ¿No es así?

—Sí. — su voz sonó tan débil.

— ¿Entonces qué haces sola? ¿Algo les pasó de camino al refugio? — preguntó un poco más acelerado.

—No... Yo... Me alejé.

El chico sintió un poco de lástima.

—Vamos. Te llevaré al refugio. Es peligroso estar aquí afuera. — la soltó de los hombros y le extendió una mano.

Miray alzó la vista y la tomó.

*

Caminaron en silencio al principio, sus pasos lentos se atendían sobre la tierra del camino. El desgobierno se escuchaba tan lejano que Miray incluso pensó que habían llegado al borde, a los muros.

— ¿Cómo te llamas? — le preguntó la niña al joven.

— ¿Eh? — sacudió la cabeza — Perdón no te he escuchado.

—Que cuál es tu nombre

—Eqbal ¿Y el tuyo? — sonrió sin mostrar los dientes.

—Miray ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—Yo acabo de cumplir los diez años. — afirmó con la cabeza.

—Qué lindo —Eqbal movió la cabeza.

—Entonces ya no estás en el instituto

—No, ya no más. — sonrió.

— ¿Y lograste quedarte en el koled?

—No, aun así no me interesaba mucho

— ¿Por qué no?

—No lo sé, creo que es más seguro no salir de Pisk y ya

— ¿Y no te interesa conocer las otras aldeas?

—Eeh — movió la cabeza con los ojos entrecerrados —Sinceramente no

— ¿Por qué no?

Eqbal suspiró.

—No lo sé ¿A ti sí?

— ¡Sí! Quiero ir a todas las aldeas ¡A todas!

— ¿Viajera no es así?

—Sí — sonrió.

Eqbal asintió.

—Entonces tus padres hacen intercambios entre las aldeas ¿No?

—Sí. Ambos salen por mucho tiempo a veces, pero solo han viajado hasta Corke...

—Eso está lejos ¿No?

—No tanto, yo quiero ir más allá, aunque no sé si haya más aldeas más allá

—Te ves muy decidida

—Sí, por eso quiero entrar al koled y así poder ir a todos lados.

Eqbal sonrió.

—Si consigues seguir así de positiva en unos años, sé que lo lograrás. — volvió a sonreír cálidamente, haciendo que sus mejillas apretaran sus ojos que se transformaron en rendijas.

Siguieron caminando. Eqbal soltaba leves quejidos de vez en cuando, pero la niña no sabía por qué.

Llegaron a la puerta del refugio, el humo se veía a la distancia. Era una puerta de madera que salía del suelo, resguardada por varios protectores.

— ¿En este refugio se encuentran los del instituto? — preguntó Eqbal al estar frente a uno de los protectores

—Sí.

—Ella es el del instituto, se separó del grupo. — señaló a Miray.

Los protectores intercambiaron una mirada.

—Está bien. — dijo el segundo protector — Entra niña.

Entre algunos hombres y mujeres abrieron la puerta.

Miray caminó temerosa hacia el interior y cuando volteó para despedirse de Eqbal notó la enorme macha de sangre que le escurría por lado de su cuerpo. El chico sacudió la mano en forma de despedida, quedándose afuera.

— ¡No! ¡No! ¡Está herido! ¡Déjenlo entrar! — gritó, pero cerraron la puerta

Miray golpeó la puerta desde el interior, intentando abrirla. Fue inútil.

*

Bajó las escaleras, cabizbaja, recibió un abrazo.

— ¡Miray! ¡Oh que bueno que te encuentros bien! — era su avezada.